

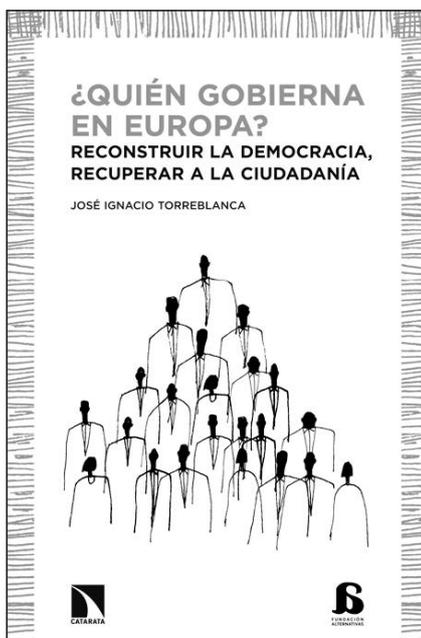
# NOTA CRÍTICA

## ¿QUIÉN GOBIERNA EN EUROPA?

Reconstruir la democracia,  
recuperar la ciudadanía

**José Ignacio Torreblanca**

Los libros de la Catarata  
y Fundación alternativas  
Madrid, 2014



Y, sin embargo, sigue existiendo. La UE siempre había generado entre la ciudadanía continental posiciones maximalistas, entre los que estaban en contra y los que estaban a favor. La integración europea, el euro, el mercado único, la libertad de movimiento, todas y cada una de sus características

quedaban exentas de debates sesudos en favor de posiciones enfrentadas. Parecía no querer profundizarse en los márgenes críticos por los cuales existe un proyecto europeo que puede generar muchos malestares, pero que también se puede reconstruir o reformular sin renunciar a la idea común que supone Europa. Ignacio Torreblanca, profesor de Ciencia Política, y director de la oficina de European Council on Foreign Relations (por sus siglas ECFR) en Madrid, se posiciona entre los que están a favor, como ya lo había hecho anteriormente en «La fragmentación del poder europeo» (Icaria, 2011), bajo el principio *ep-pur si muove*. La UE no ha dejado de existir y, como el mismo autor reconoce, se considera parte de una «élite de conspiradores europeístas» que, desde la actitud crítica, busca ser constructivo dentro de Europa, porque en Europa no está todo escrito o todavía está por escribirse. De hecho, el mayor activo de la UE, después del fracaso de un Tratado por el que se establece una Constitución para Europa (2005) o de la crisis de la Eurozona (2008), es que la UE haya sobrevivido frente a todas las previsiones apocalípticas.

En la obra «¿Quién gobierna en Europa? Reconstruir la democracia, recuperar la ciudadanía», Ignacio Torreblanca vuelve a recuperar su magisterio como especialista en el sistema político de

la UE, y lo vuelve a hacer desde un estilo fluido y pedagógico, tal como se infiere de quien conoce la materia en profundidad y sabe explicarse con notable claridad. Es un libro necesario en este sentido, porque, qué duda cabe, la UE importa, pero el desconocimiento sobre ella, los mecanismos que la conforman y su funcionamiento es elevado, como también es elevado el nivel de opacidad con el que se toman muchas decisiones en su seno. De eso es consciente el autor, que se siente en la obligación de ser educativo para que sus lectores y lectoras sepan distinguir qué papel juegan antes, durante y después de la crisis el Consejo de Europa, la Comisión Europea, el Parlamento Europeo o el Banco Central Europeo. Como con la tecnología, las relaciones políticas a nivel global son cada vez más complejas, y Torreblanca busca que lo académico no excluya lo escolástico, incluso lo político, ni tampoco lo ideológico.

Es una obra necesaria porque el hecho mismo de la pregunta denota que los ciudadanos no saben quiénes les gobiernan o a quiénes tienen que dirigirse para exigir responsabilidades. Por este motivo, el objetivo, más que divulgativo o descriptivo, es más bien crítico. ¿Quién gobierna en Europa? Si no lo sabemos realmente, ¿cómo podemos buscar responsabilidades? ¿cómo podemos saber qué cosas cambiar? ¿cómo podemos

prevenir acontecimientos? Por eso, Torreblanca plantea *ocho fogonazos democráticos*, como él mismo llama a los ocho capítulos, para examinar de manera lúcida en qué consiste la *colonización de la política nacional por la tecnocracia europea* y cómo se traduce eso desde el punto de vista de la ciudadanía, de las instituciones, del sistema constitucional, o de los partidos políticos. Las conclusiones de este paisaje, tal como advierte el autor, son poco alentadoras: no vivimos una lejanía de los políticos, sino de la política. En un sistema que se considera democrático, este es el peor de los escenarios posibles si lo que se busca es consolidar Europa.

La democracia importa cuando el voto es relevante, no cuando los programas políticos son vulnerados según la potestad de poderes y de personas sobre las que no se puede influir ni a las que se puede elegir. El resultado, como bien se analiza en el libro, es que las derrotas electorales han sido la nota habitual para todos aquellos partidos políticos que han incumplido sus programas y promesas electorales. Toda una serie de decisiones que no solo han sido adoptadas en contra de la voluntad de sus electores, sino que también y tal como se ha probado, eran equivocadas —políticas de austeridad y estrangulamiento crediticio en tiempos de recesión, junto a la de-

mora y las dudas mostradas en su ejecución—. Posteriormente, esas mismas decisiones, como razona Torreblanca, han sido nuevamente repetidas por los partidos que se han alternado en el Gobierno, de acuerdo a los dictámenes de unas élites sobre las que no se tiene control alguno.

Si en el libro «La fragmentación de Europa» encontrábamos una crítica directa a la falta de una voz (o una boca) europea, la crítica va ahora dirigida al eje de flotación de las relaciones entre la soberanía nacional y el *decisionismo* de las élites. Tal vez aquí es donde el libro atraviesa, sin ahondar, que en el juego democrático, no solo las élites tienen compromisos, y sus decisiones son erróneas, como bien se demuestra en el reparto de responsabilidades tras la crisis de la deuda europea —la voluntad de los países acreedores (del norte) sobre la voluntad de los países deudores (del sur)—, sino que también los ciudadanos y otras élites son responsables. No ser culpables no hace buena la irresponsabilidad. El déficit de atención o la permisividad («consenso permisivo») mostrada en periodos de bonanza, tanto como los abusos por parte de la clase política de niveles intermedios, corporaciones internacionales o particulares influyentes, si bien no están al frente del fracaso de las políticas de austeridad, sí han sido por acción

u omisión parte del problema. Es muy difícil distinguir los campos de responsabilidad, precisamente porque la responsabilidad sobre la inadecuación del procedimiento de representación a nivel democrático es compartida por todos, incluida la ciudadanía. Como también lo es la responsabilidad en la identificación de las causas de la crisis económica, cuando la desregularización financiera sitúa a más actores —y no solo a las élites políticas europeas— en el origen de la crisis que vivimos, aquellos a los que Torreblanca recoge solo parcialmente, en la figura de los acreedores: los *que irresponsablemente inundaron con su excedente de liquidez las economías de sus vecinos*. Es por esto que se echa en falta algo más de profundidad sobre los mecanismos aplicados en la toma de decisiones y en cuáles son las motivaciones reales, en lo que se refiere a sus imbricaciones con el poder financiero-empresarial, e incluso las de esos poderes, fuera de las fronteras europeas.

La exclusión de la ciudadanía de la política, junto a la sensación de asimetrías y desigualdades en el reparto de responsabilidades, no solo tiene que ver con los efectos negativos de la crisis en sí, o como se ha demostrado en numerosas ocasiones, con la falta de solidaridad entre los Estados miembros, sino que también tiene que ver

con un proceso ya visualizado por el autor en su libro anterior (Torreblanca, 2011), pero abordado sin el mismo calado en esta obra: la inexistencia de un mercado político cohesionado de dimensiones europeas, pero que además se manifieste de forma democrática. En ese sentido, no debería ser un problema el «vaciamiento constitucional» o la «mutación constitucional» en favor del proyecto europeo, pero sí lo es la manera en la que se está manifestando. Como desarrolla el autor de manera reveladora, y siendo motivo de preocupación para cualquiera con algo de sensibilidad democrática, el poder constituido ha sido diseñado o sorteado, en varias ocasiones, de acuerdo a la voluntad de Bruselas. Y, además, lo ha hecho sin la preceptiva legitimidad democrática de los parlamentos nacionales. El problema de fondo, en cualquier caso, se llama «federalización sin democracia». Ya existía antes de la crisis; crisis que se agravó no solo por decisiones desacertadas e injustas, o por la transferencia de competencias a las instituciones comunitarias sin que estas competencias fueran acompañadas de soluciones democráticas equivalentes, sino también desde el día en que los países perdieron su soberanía monetaria y se la entregaron sin cortapisas democráticas al ahora omnipotente Banco Central Europeo.

«¿Quién gobierna Europa?» no deja pasar la oportunidad de ser normativa en sus pretensiones. Una democracia a nivel nacional, por muy vibrante que sea, en el contexto actual, no puede cuestionar el control de las responsabilidades sobre las parcelas de poder transferidas a Bruselas. Las instituciones europeas terminan por actuar de forma segmentada de acuerdo a sus propios intereses y sin contar con la opinión de los electores europeos. El hecho de que la UE no tenga vocación de Estado, no puede eludir que si la soberanía ya no es completamente nacional, tampoco deberá serlo la democracia. Tampoco deberán serlo sus mecanismos de actuación, restricción y sanción con los que las sociedades europeas pueden sentir que estos deciden sobre su futuro. ¿Cómo justificar que países de fuera del euro influyan sobre las instancias legislativas que deciden sobre él? Torreblanca recoge la actualidad de propuestas representativas, que viene a ensanchar un catálogo de remedios democráticos (al menos más democráticos) sobre instituciones que no pueden presumir de serlo. La conveniencia de estas propuestas reside en el hecho de que Europa está multiplicando sus desigualdades, fomentando su descrédito entre la población y alimentando el caudal de votos que reciben los partidos más euroes-

cépticos o eurofóbicos, a los que se otorga más peso analítico en el libro del que merecen. En el libro no ocupan la misma importancia las alternativas políticas dentro del europeísmo crítico, que pueden orientarnos hacia una Europa más democrática. En descargo del autor, el libro se publicó meses antes de que Podemos y Syriza entrarán como un tiro en la política electoral de España y Grecia, dos países particularmente perjudicados por la crisis de la deuda soberana y las decisiones adoptadas para su solución.

Tres ideas merecen ser rescatadas del libro. La primera, la derrota social: la derrota de la ciudadanía frente al monstruo burocrático. Parece evidente que la fractura entre la élite y el pueblo es un hecho y, como se analiza con particular detenimiento en el texto, las sociedades se repliegan dando la espalda a un proyecto que, si de algo no puede prescindir (si quiere seguir existiendo), es de la legitimidad que otorga el favor de los ciudadanos. La segunda, el malestar también es geográfico: el distanciamiento creado entre los países del sur y del norte europeo, un problema que nunca tuvo tanta relevancia como a raíz de la crisis, pero que corre el riesgo de haber llegado para quedarse en forma de desequilibrios, insolidaridades y choques de identidades nacionales. Y, la tercera, la ruptura ideo-

lógica: entre la cuestionada supremacía de valores democráticos y su aplicación práctica dentro de la arena institucional, en una dinámica de fuerza renovada de las identidades nacionales.

«¿Quién gobierna en Europa?» no es un relato económico, sino que es una propuesta ideológica. Frente a las voces que restringen Europa al proyecto económico, To-

rreblanca reivindica un lustre ideológico que inspire a la ciudadanía a reformar las instituciones europeas, a que reivindiquen políticas de respuesta simétrica a los desafíos económicos de la nueva era. Todo debe incardinarse en un juego democrático, donde las reglas estén claras en todo, para todos y para todas. Un libro necesario para entender la UE, pero también

para comprometerse con ella. Con espíritu crítico, pero sin renunciar al proyecto común que supone Europa. Para los que no quieran ser permisivos con los excesos de las élites, pero, sobre todo, para los que no quieran ejercer el papel de verdugos irreflexivos del futuro europeo.

**Miguel Rodríguez Andreu**